
JEREMIAS.

PERIÓDICO POLÍTICO, LITERARIO Y GAZMOÑO.

DOS LAMENTACIONES por semana al precio de 4 rs. vn. por mes en Madrid y 15 rs. vn. en Provincias por trimestre, franco de porte. La Redaccion y Administracion está en Madrid, calle de Noblejas, núm. 3, cuarto principal.

8 de Abril de 1866.

1789.

La hipocresía y el agua de Vichy son las dos panceas de nuestra época. En cuanto al agua susodicha, es sabido que se ha probado con éxito en toda clase de dolencias, y así me atreveria yo á recomendar al Banco de España que la tomase para curar su descrédito, pues sé dice que en nada produce mas maravillas que en las afecciones crónicas ó inveteradas. Tómela, pues, el Banco de España, ya bastante achacoso y desahuciado por los ingleses, que si no logra restablecerse, siempre tendrá la satisfacción de haber tomado agua de Vichy.

Pero ¿qué tiene que ver todo esto con la fecha 1789 de que, al parecer, voy á ocuparme? Nada, y una vez que lo conozco, quiero entrar en la cuestion para que no me digan que hago lo que hizo Montaigne, autor apreciable que, en sus famosos *Ensayos*, consagró á las botas todo un capítulo, y en este capítulo habló de todo menos de las botas.

La hipocresía, si, tiene íntima relacion con la enunciada fecha, porque, vamos á ver, ¿qué es la hi-

pocresía mas que una devocion falsa ó una ficcion de virtudes que no posee quien las ostenta? Hipócrita era Rousseau, no el filósofo, sino el poeta, que no creía en nada, y se refiere de él que, paseándose un dia con Piron por las cercanías de París, se puso de rodillas al oír el toque de la oracion, visto lo cual, dicen que dijo su acompañante: «Hombre, levántate, que ahora no nos vé nadie mas que Dios». Hipócrita era Vossius, canónigo de Windsor, de quien se cuenta que dijo una vez Carlos II de Inglaterra: «Este clérigo todo lo cree, menos lo que dice la Biblia.» Hipócritas eran los frailes aquellos á quienes el poeta y sábio *Chopinél* legó un cofre que debia serles entregado despues de su entierro; porque los dichosos padres, aunque tenian excomulgado al testador, parece que le hicieron un entierro suntuoso al saber lo del cofre; pero, ¿qué sucedió? Que al abrir el cofre solo hallaron dentro pizarras con versos y líneas geométricas, en vista de lo cual expulsaron el cadáver ignominiosamente de la magnífica tumba que le habian dado, y tuvo que intervenir el Parlamento para que no le negasen la sepultura. Hipócritas son... ¡guarda, Pablo! Ya iba yo á meterme con una gran porcion de contemporáneos, olvidándome de que el criterio del orden tiende á la impunidad de los vicios, castigando menos al que los tiene que al que los denuncia.

Pues bien: para no caer en el escollo, me hice yo hipócrita temporalmente, y hoy quiero probar las excelencias de la ficcion en el terreno de la política.

En efecto, lectores; ¿cómo la Francia de 1789 habria podido llegar á ser la Francia de 1866, si no se la hubiera hecho ver en 1866 una continuacion gloriosa de 1789? Comparad este tiempo con el de la restauracion, y vereis qué distintos efectos se están to-

cando de causas parecidas. La Santa Alianza tuvo la estupidez de la franqueza en todo, y por eso se vió universalmente anatematizada. Cuando intervino en nuestro pais, dijo sin rodeos que lo hacia para restablecer el derecho divino; cuando coartó la libertad de escribir en la nacion vecina, invocó el principio de autoridad, y en tales ocasiones el pueblo que habia derribado la Bastilla ponía el grito en el cielo. El gobierno imperial ha obrado con mas cordura, y por eso ha podido caminar en la senda de la reaccion infinitamente mas que la Santa Alianza. Ese gobierno ha dicho: «Babiecas (porque al paso que van los franceses, acabarán todos por ser tocayos del caballo del Cid), los principios de 1789 solo pueden salvarse haciendo enmudecer á la prensa y á la tribuna,» y la tribuna y la prensa han desaparecido en nombre de los principios de 1789. «Babiecas, ha dicho tambien el mencionado gobierno, Méjico ha sacudido el saludable yugo de los militares y de los curas, entrando de lleno en las reformas políticas y económicas del partido revolucionario; pero esto no merece la aprobacion de Roma, y nosotros tenemos necesidad de intervenir en favor de los conservadores para salvar los principios de 1789.» Y los franceses han ido muy contentos á derribar un gobierno nacional, llevando un monarca extranjero, es decir, que han hecho allí diez veces mas, invocando los principios de 1789, de lo que hicieron en España el año de 1823 en nombre del derecho divino; solo que, como lo han hecho con distinto programa, créen que no han hecho tanto.

Entre paréntesis, ya que he nombrado á los conservadores de Méjico, voy á decir algo de sus personas y de sus tendencias, para que mis lectores vayan sabiendo quiénes son los tales conservadores. Con respecto

á las personas, citaré, en primer término, al general Almonte, y sin más que decir que ese patriota no ha parado hasta que ha conseguido llevar á su país las bayonetas extranjeras, me ahorraré de entrar en por menores biográficos. Hablaré de Marquez, ídolo de los curas mejicanos, y firme apoyo que fué de los franceses en las operaciones contra Puebla, para decir que, entre otras hazañas propias de su carácter levítico sanguinario, cuenta la de haber hecho una vez fusilar en Tacubaya á seis médicos, por el crimen de haberse estos entretenido, durante una acción de guerra, en curar á los heridos de uno y otro campo. Más hubo en aquella heroica hazaña. Cuando ya cinco de los médicos citados habian pagado con su vida el grave delito de mostrar sentimientos humanitarios, fueron los soldados conservadores á buscar al sexto, que se hallaba precisamente ocupado en amputar un brazo á un comandante del ejército del mismo Marquez.—«Señores, dijo el médico, estoy pronto á morir; pero, siquiera, déjenme vivir el tiempo necesario para salvar la vida de este hombre, que es compañero de ustedes.» Efectivamente, los ejecutores de las órdenes de Marquez tuvieron la amabilidad de complacer al facultativo. Le dejaron acabar la operación que estaba practicando, y acabada esta... ¡pum! le fusilaron, como á los demás, para que no volviese á cortar brazos. Se me olvidaba decir que ese Marquez, soldado del orden y de la fé católica en Méjico, es el que se apropió una conducta de plata, motivo por el cual, su amigo Miramon le tuvo preso cerca de un año, y eso que Miramon es aquel otro general monástico que invadió la legacion inglesa para sacar el dinero que en ella habia, despues de haber hecho cosas peores durante sus campañas contra los constitucionales;

conque por ahí se podrá calcular lo que Marquez habria hecho cuando Miramon era el que le castigaba. No acabaria, lectores, mi relacion en mucho tiempo, si fuese á daros una pintura de todas las notabilidades conservadoras de Méjico. Reflexionad, para ahorrarme trabajo, que si *ab uno disce omnes*, con mas razon podrán los tres apuntes nombrados dar una idea de los hombres de pró que forman en Méjico el estado mayor de la falange conservadora. Respecto á sus doctrinas, no hay nada que decir, sino que merecen el aplauso de toda persona que sienta latir en su pecho un corazon de tigre. Allá va un hecho para demostrarlo. A la caída del presidente Comonfort, en 1858, se formó en la capital de la República una Asamblea de Notables, nombre que le cuadraba bien, porque estaba compuesta de notabilísimos zopencos, y tratando de sentar las bases de la futura constitucion del pais, parece que de los veintidos ó veintitres representantes que habia en la Junta conservadora, diez y ocho votaron por el restablecimiento de la Inquisicion. Tales son, lectores míos, las cosas y las personas en cuyo favor han ido los franceses á pelear, invocando los principios de 1789. Ahora, en cuanto á la conducta observada por estos propagadores de la civilizacion, tengo mucho que hablar y prefiero dejarlo para otro dia. Baste saber que no la envidiarían los cartagineses, aun siendo verdad todo lo que de dichos guerreros han escrito los romanos, si bien que tengo para mí que estos colgaron sus propios milagros á los otros.

Pero, lectores, ¡ahora caigo! Napoleon que tanto habla de los principios de 1789, no ha dicho qué principios de 1789 son los que proclama, si los de la revolucion ó los de la resistencia. Puede que se refiera

á los de la bandera realista, y en tal caso, no hay lo que se llama hipocresía; no hay mas que anfibológica reticencia de su parte y mala interpretacion de la de sus súbditos. Lo que estos deben hacer es preguntarle cuáles son los principios de 1789 de que habla con tanta frecuencia, y entonces se deshará el enredo de que han estado siendo víctimas inocentes, á no ser, como me lo temo, que se les dé la llamada por respuesta para que sigan trabajando.

Ahora bien: como todo lo malo se copia en España por los hombres de ideas conservadoras, estos han dado en traducir á su manera el lenguaje político que tan brillantes resultados dá en Francia, para que los apaleados quedemos agradecidos. No tienen á su disposicion una fecha equívoca, como la de 1789; pero han compuesto un vocabulario en que á la arbitrariedad se la llama orden, al despilfarro economías, á la corrupcion moralidad, al abuso de la fuerza garantías individuales, al despotismo libertad, y así sucesivamente, con lo cual todos estamos alegres; ellos por que se salen con la suya, que es aniquilar á la nacion, y nosotros porque hacemos lo del loro, y va de cuento. Este era un loro á quien su amo habia enseñado á decir: *fastidiarse*. Hubo en el pueblo una avenida tan grande que el loro, enjaulado y todo, fué arrastrado por la corriente hasta el rio, donde la gente le descubrió dando tumbos, en cada uno de los cuales tragaba el pobre mas agua de la que á su sed convenia. Los que le vieron en tal disposicion exclamaban enternecidos: ¡pobre loro! y entre tanto él, cada vez que sacaba del agua la cabeza, gritaba cuanto podia diciendo: ¡*fastidiarse!* ¡*fastidiarse!* Lo mismo decimos nosotros mientras vamos por el rio abajo hácia el abismo de la reaccion y de la mi-

seria. Creemos que harto fastidiados deben estar los conservadores con la obligacion que todavia tienen de ser hipócritas, es decir, de pagar un tributo á las exigencias del siglo, afectando virtudes que no tienen, y mientras nos llenamos el cuerpo de agua, seguimos gritando como unos descosidos: ¡fastidiarse! ¡fastidiarse!

Está visto. La antifrasis de 1789 ha sido un gran descubrimiento para los enemigos del progreso humano. Sin esa fecha, y sin su licenciosa traduccion, seria imposible lo que está sucediendo en una gran parte de lo que se llama mundo civilizado.

CRISIS.

Uno, en subasta, vendia
su casa al mejor postor,
y otro oyéndolo decía:
«si fuera para el peor,
yo mismo la compraria.»

¿Es verdad que hay crisis? Unos dicen que sí, otros dicen que no, y yo llevo la contraria, porque ni hay crisis ni deja de haberla, y así hemos vivido mucho tiempo, y así seguimos tirando. Hay crisis, porque ya se enfadó de veras el Sr. Rios Rosas, y sobre todo, porque la situacion político-económica del pais no es para prometernos un ministerio estable, y no hay verdadera crisis, porque, entre nosotros, un cambio ministerial es mas bien una sustitucion de nombres que una sustitucion de cosas.

Tan cierto es esto, que yo acabo de trabajar en balde durante mas de una hora, pues habia escrito un artículo muy razonado de oposicion al ministerio

Narvaez-Gonzalez Brabo, creyendo que aun no habia caido ese ministerio, y he tenido que romper las cuartillas en lugar de mandarlas á la imprenta. ¿Quién no está espuesto á estas equivocaciones? Verdad es que ha trascurrido el tiempo, y que de últimos de Junio á los primeros dias de Abril, han ocurrido sucesos por los cuales puede un escritor público tener presentes los nombres de los actuales ministros. Verdad es tambien que yo mismo he manifestado ya el conocimiento que tengo de la realidad en este punto; pero no es menos cierto que todos los que hacemos coplas, buenas ó malas, somos un poco distraidos, y luego, cuando se acaba de soñar, algo tardan en desvanecerse del todo las reminiscencias del sueño.

Soñé yo esta última noche que la gente iba por las calles huyendo despavorida de los guardias veteranos, aunque no dejaba de ser un contrasentido eso de tener miedo á los que velan por la seguridad pública; pero como revoloteaba en mi cabeza el recuerdo del 10 de Abril, nada tiene de extraño el que me ocurriera semejante tontería, máxime cuando á ese vago recuerdo acompañaba otro no menos holgazan, y era el del elogio que el actual presidente del Consejo acaba de hacer de los referidos guardias, precisamente por aquellas mismas escenas que causaban el susto del vecindario. Veán ustedes, decia yo, lo que ganamos con esos elogios á la guardia veterana; el temor de vernos atacados por los que tienen la mision de defendernos. Si este Sr. Gonzalez Brabo no malgastara su elocuencia en disculpar lo que no tiene disculpa, los hombres pacíficos irian por las calles con mas tranquilidad que por los montes, y no que ahora sucede lo contrario. ¡Guerra, pues, á ese ministerio, aunque sea para dar el poder á los unionistas que,

aunque malos, alguna garantía de seguridad nos brindan en el hecho de reprobarnos lo que en la noche de San Daniel hicieron los que asustan á la gente!

Después de esto fui, con la volubilidad del que sueña, pasando revista á todo lo que con el orden político se relaciona, y encontré, ó creí encontrar, que nada había cambiado. Las dificultades de la Hacienda eran las mismas ahora que en Junio: á dos y tres cuartillos se andaba entonces, y á tres menos cuartillo se andaba en el día. La mayoría del Congreso actual corría parejas con la del anterior Congreso, en la consecuencia de las votaciones. La posición de los partidos no podía ser mas semejante; los liberales perseveraban en el retraimiento y los neo-católicos aplaudían los proyectos de ley que el Gobierno presentaba. El Banco de España estaba hecho siempre un monaguillo de las Salesas, ó lo que es lo mismo, un cometa; pues se me venia á la memoria lo que el célebre Guzman solia decir cuando hacia el papel de D. Simplicio en la Pata de Cabra y figuraba volver de su expedición á las etéreas regiones: «¡Ay, decía, qué colas tenían los cometas!... Como los monaguillos de las Salesas!»

Con esta confusión de ideas en el cerebro, me levanté y me puse á escribir un artículo que empezaba de esta manera: «Señores ministros históricos: ¿es cierto que, según el Tribunal Supremo, la Guardia Veterana no hizo el diez de Abril mas que cumplir las órdenes de sus superiores? Pues siendo esto así, acatemos la resolución del Tribunal; pero prepárense ustedes á sufrir las consecuencias de las órdenes que dieron; porque, si hubo atrocidades, alguien debe pagarlas, y si los guardias veteranos quedan absueltos, es preciso que ustedes paguen lo que habrían ellos

pagado, si realmente se hubieran escedido. Aquí no hay término medio. La opinion pública está unánime en declarar que hubo desmanes, y personas muy autorizadas lo han sostenido así en los cuerpos colegisladores. Es, pues, indispensable, para no renunciar el pueblo español á la fama de culto que todavía goza en otros países, formar una sumaria nueva, no ya para revocar la sentencia del Tribunal Supremo, sino para averiguar de parte de quién estuvo la falta, caso de haberla, y castigar al que resulte culpable, ó para tranquilizar á la gente declarando que las órdenes cumplidas por los guardias veteranos eran de las que se pueden espedir sin escrúpulo en una sociedad medianamente organizada. Si alguno de nosotros se desmanda poco ó mucho, todo el rigor de las leyes cae sobre su cabeza. ¿Por qué no se ha de juzgar á los encargados de hacer observar esas mismas leyes, cuando abusan de su poder, ya que no con mas, siquiera con la misma inexorabilidad con que se nos juzga á nosotros? Ea, señores ministros, cuanto mas blasonan ustedes de moderados, mas interesados están en que no les creamos atacados de la hidrofobia....»

Por este estilo continuaba yo haciendo reflexiones sobre la triste condicion de un pueblo donde tantos infelices pagan con la vida la infraccion de las leyes, mientras todavía no se ha hecho efectiva la responsabilidad de ningun gobierno por causas iguales, y llegué á la conclusion del artículo, que ya pensaba mandar á la caja, cuando caí en la cuenta de que no eran los históricos los que estaban en el poder, sino los historiados, y dando lo hecho por perdido, me puse á pensar en la crisis.

Pero al llegar á este punto pensé que no era gran cosa lo que podia decirse, porque, ante todo, no está

bien averiguado si hay crisis ó no hay crisis. Yo creo que no hay crisis; por que, váyase ó no se vaya lo que ahora tenemos, siempre quedaremos como estamos, y tambien creo que hay crisis, porque si las cosas no cambian, es preciso que cambien las personas, á fin de que sean relevadas poco tiempo despues las segundas por las primeras, y luego las primeras por las segundas y así sucesivamente, que no parece sino que nuestro pais está condenado á cantar:

En lo que me divierto
cuando estoy solo:
me quito la peluca,
me pongo el gorro.

Todo esto proviene de que aquí el mando está disputado solamente por los que no pueden sostenerlo; en una palabra, y sin que el pensamiento de mi quintilla tenga la significacion ofensiva que los maliciosos pudieran darle, porque hoy no acuden á la licitacion del poder mas que los peores postores.

TARDE; PERO MAL.

—Calma, buen Gedeon, obra con calma,
y aquí empiezo tratándote de tú;
calma, pues, te lo ruego con el alma,
no te lleve el tremendo Belcebú.

—Con calma iré, mi amigo Jeremías,
y tratarte yo quiero cual tú á mí.
¿Belcebú habia de llevarme? No en mis dias;
mas fácil me parece que te lleve á tí.

—Válgame Dios, hombre, que versós tan malos haces.—¿Cómo que mis versos son malos?—Mira, si quieres que seamos amigos, no defiendas tus versos, porque los dos primeros que has dicho pueden pasar;

pero los otros han salido tan largos que meten miedo. —Gracias, Jeremías, yo creí que ibas á encontrar en ellos alguna falta y veo que no es falta, sino sobra, lo que has hallado. Esto me consuela, pues más vale pecar por carta de mas que por carta de menos, y por otra parte, debo celebrar la grande armonía que hay entre mis versos y mis opiniones. Ya he dicho que soy longobardo, y longobardos versos he de hacer para ser consecuente.—Valdria mas, no obstante, buen Gedeon, que te acostumbraras á la observancia de las reglas; que midieras con precision, porque la sobra en los versos tambien es falta, el exceso es defecto, lo mucho valé poco, y prosigo mi cantinela:

—Espacio, Gedeon, anda espacio;

no pagues caro tu estupendo afan.

Las cosas de Palacio van espacio;

te recomiendo mucho este refran.

—Espacio iré, Jeremías, iré espacio;

basta que me lo recomiendes con ardor.

Ya sé yo que las cosas de Palacio van espacio,

pues esto no lo ignora ningun patan.

—¡Horror!—¿Qué es eso?—¡Iniquidad!—¿Qué te sucede?—¡Infamia!—¿Quiéres explicarte, Jeremías?—Espérate un poco, Gedeon, que necesito descansar un rato para reponerme del mal que me han hecho tus heregias poéticas. Esos versos son mas lombardos que los otros; pero mucho mas, muchísimo mas, infinitamente mas, y lo son todos, para que ninguno tenga que echar nada en cara á sus compañeros; y no contentos con ser todos largos, has tenido la frescura de rimar *patan* con *ardor*, lo que ningun patan haría. —Hombre, alguna licencia poética se ha de permitir al que improvisa, ya que ha pasado el estado de sitio y puede uno tomarse algunas libertades que hace un mes hubieran sido peligrosas.—¡Vaya una salida de tono! ¿Quién te ha dicho á tí, en primer lugar, que las rimas disparatadas pueden pasar por licencias poéticas?—Soy unionista y no necesito atenerme á ninguna regla para hacer versos, como mis amigos no están obligados á observar las prácticas parla-

mentarias para sostenerse en el mando, y así es que si sufren una derrota, no presentan su dimision como era lo natural, sino que trabajan para derrotar ellos á los que los derrotaron, haciendo que éstos se derroten á sí mismos. Conque basta de conversacion, y sepámos á qué vienen esas recomendaciones de tener calma ó andar despacio.

—Quiero decir, Gedeon, que cuando esperes alguna resolucion de nuestros funcionarios públicos, altos ó bajos, no tengas prisa, ni te apures, ni te agites, ni te sofoques, ni te impacientes, porque aquí los hombres del poder, llámense ministros ó empleados de Correos, se hacen la ilusion de que viven, ó que no pueden menos de vivir en Palacio, como el prelado señor de Monzon, y nunca se precipitan, porque dicen, y dicen bien, que las cosas de Palacio van despacio. Mira, el domingo último mandé, por fin, las fajas de los paquetes del correo interior para que las numerasen, y hoy, que es viernes, todavía no se ha podido arrancar el nabo; de modo que pienso escribir á Zorrilla para que me diga en qué consiste la dificultad con que tropiezo.—¡Toma! ¿Pues cómo ha de saber Zorrilla, desde Méjico, lo que sucede en una oficina de Madrid?—Hombre, me gusta la pregunta. ¿Pues no sabes tú que á Zorrilla no se le escapa nada? Ten entendido que Salomon, Merlin y el mismo Pico de la Mirandola, con haber podido este último decir á la faz del mundo: «*de omni re scibili et quibusdam aliis,*» han sido niños de teta en comparacion de Zorrilla, segun éste acaba de confesarlo, con su habitual modestia, en unos versos que ha hecho y leído á la esposa de Maximiliano. En esa composicion, que, aunque es de corte, parece composicion de lugar, no habla de la señora, como lo aconsejaba la galanteria: solo habla de sí mismo, lo que no me coje de nuevas, y todo para proclamar el primero de los sábios habidos y por haber, pues dice que sabe cómo prendió un dia la atmósfera azul en los espacios.—Mucho saber es eso.—Y que sabe tambien por qué es dulce la miel de la abeja.—Eso lo sabe cualquiera. La mieles dulce... por-

que es miel.—Y que sabe, igualmente, por qué vuela tan alto el condor; por qué ó cómo el viento se lleva la nave y lo que la dice; por qué ó cómo la luz dá color al cielo; por qué silban el viento y el ave.—¿Qué ave?—¿Qué se yo? Alguna que quiera dar serenatas y no pueda realizarlo por culpa del Gobierno. Y que sabe, además, por qué la brisa mece á la flor, y cuántos mitos tuvo la Grecia, y cuántos el Egipto importó del Asia, y lo que la alondra pia al volar.—¿Sólo al volar?—Solo al volar; y lo que augura la corneja, y lo que dice la abeja cuando hace ¡huuul! y en fin, como si todo esto fuera moco de pavo, dá el resúmen de su saber en estos términos:

«Yo sé lo que nadie en el mundo ya sabe.»

—¡Demonio! Pues yo digo á eso lo que la princesa Carlota diria cuando estaba oyendo á Zorrilla: «este ciudadano es un pozo de ciencia.» Pero, dime, Jeremías, lo último que has citado de Zorrilla, ¿está en prosa ó en verso?—Uno y otro, porque él lo escribió en verso, pero le salió en prosa. Con todo, yo respeto su saber, y por eso quiero que me diga muchas cosas, entre otras la razon de tardarse tanto en despachar aquí los espedientes sobre asuntos del servicio militar, que son los que menos demora consienten.

Por ejemplo: en Enero de 1864 hubo una quinta, y en esa quinta sacó la suerte de soldado un mozo de la provincia de Zamora, llamado Francisco Gonzalo Hernandez, cuyos padres quisieron, por cuanto vos, ponerle un sustituto, y se lo pusieron, y la sustitucion fué aceptada por el Consejo provincial, si bien se arrepintió despues dicho Consejo, por haber caido en que el sustituto no era de la misma provincia que el quinto, poniendo su falta en conocimiento del Gobierno. Entre tanto, el sustituto fué á llenar el puesto del quinto, y mas tarde salió para la Habana donde continúa cargando voluntariamente con el chopo. En esta situacion estaban las cosas cuando el Gobierno resolvió la cuestion anulando todo lo hecho, y amonestando al Consejo Provincial, etc. De manera que se ha

reclamado al quinto y habrá que dar de baja al sustituto.

—Hombre, si así lo dispone la ley, está bien hecho.

—No digo que no; pero, ¿cuánto tiempo te parece á tí que habrá tardado el gobierno en resolver el asunto?—No sé. Puede que haya tardado quince ó veinte dias.—Echa.—¿Cómo? ¿Habrá tardado tres semanas?—Echa.—¿Un mes?—Echa.—¿Nueve meses?—Echa.—¿Un año?—Echa.—¿Un año, dos dias, tres horas y diez y siete minutos?—Echa.—¿Catorce años?—Hombre, ya eso es pecar por el extremo opuesto.

¿Cómo habia de tardar catorce años si te he dicho que fué en Enero de 1864 cuando se verificó la quinta? No ha tardado mas que año y medio, y eso basta para corroborar la verdad de que las cosas de Palacio van despacio.—Mal hecho es eso, y mas tratándose de negocios en que la dilacion puede ocasionar grandes molestias y perjuicios irreparables á los interesados.

—Celebro que lo conozcas, Gedeon, y por lo mismo que todo eso ha pasado, me parece á mí que el Gobierno ha resuelto el asunto tarde y mal, porque debería haber decretado lo siguiente: «Considerando que el Consejo Provincial hizo lo que no debia; pero que lo que hizo dió lugar á un contrato, cuya rescision importa ya poco al Gobierno; Considerando que este mismo Gobierno ha estado un poco remolon, con perjuicio visible de los principales interesados en el negocio; Considerando que ninguna de las partes reclama contra lo que hizo el Consejo de Zamora, y que el ejército cuenta siempre con un buen soldado, que es lo que necesita; Considerando, en fin, que el remedio, por lo tardío, puede ser mucho peor que la enfermedad, se dispone que siga el sustituto sirviendo en lugar del quinto, y se apercibe al mencionado Consejo para lo sucesivo, etc. ¿Te parece bien Gedeon?—Hombre, no seria malo escribir á Zorrilla sobre el particular, y yo daria mi respuesta cuando supiera la suya.—Corriente, se le escribirá, que tiempo hay para todo, pues, afortunadamente, las cosas de Palacio van despacio.

AL AUTOR

DE

UN BANCO ESPAÑOL, FORMADO POR INGLESES.

Soneto.

No, fanal de los campos burgaleses;
alumbrados por tí nuestros paisanos,
ya no podrán decir los castellanos:

«¿qué tenemos que ver con los ingleses?»
Ellos tendrán que ver con los parneses

de esta rica nación, y pronto, ufanos,
vendrán a ser aquí tan soberanos
como tiempos atrás los genoveses.

Es necesario, pues, que no te azores;
que en domingo estudiando como en lunes,
y desechando frívolos temores,

Un Banco inglés en nuestra patria encunes,
que ha de ser apoyado por los Lores
y muy bien acogido en los Comunes.

ADVERTENCIA.

Este periódico ha sido remitido á las redacciones de todos los demás. Si en alguna no le han visto, falta será de los repartidos y no del urbano JEREMÍAS. Digo esto porque muchos apreciables colegas no han dicho una palabra de su aparición, cosa que solo puede atribuirse á la causa indicada, puesto que estamos en un país galante donde toda nueva publicación, por humilde que sea, logra el honor de merecer un benévolo saludo, y en cuanto al cambio, solo se han dignado hasta ahora presentarse en la Redacción de JEREMÍAS los camaradas políticos siguientes: LA REFORMA, LA SOBERANÍA NACIONAL, LAS NOVEDADES, LA POLÍTICA, LA NACIÓN, EL ESPÍRITU PÚBLICO, EL CONTRIBUYENTE, LOS DOS MUNDOS y EL CASCABEL.

EDITOR RESPONSABLE, **D. Pedro Ramos.**

MADRID: 1866.—Imp. de F. Beltran, Sacramento, 10.